

DOMINGO TERCERO DURANTE EL AÑO. Ciclos “A” y “B”

Este Domingo, como introducción a todo el año litúrgico, nos detendremos en una reflexión de teología litúrgica que tomará el lugar del comentario a las piezas, y permitirá comprenderlas sin muchas explicaciones.

El Domingo pasado se cantaba, en el momento de la Comunión, cómo Andrés y Pedro iban (guiados por Juan Bautista) hacia Jesús (*Jn 1,35*), del mismo modo en que nosotros íbamos hacia el altar al oír las mismas palabras del Precursor que decía: *Este es el Cordero de Dios*. Hoy ingresamos a la celebración cantando: *El Señor, caminando junto al mar de Galilea*. Cantar esto en el momento del Ingreso cambia la perspectiva de que somos nosotros los que nos estamos acercando a la celebración Señor. Es Él quien se acerca a nosotros. Esta forma en que san Mateo 4 (cuyo texto es casi idéntico al de Marcos, que se lee en el Evangelio de este Domingo) presenta el encuentro de Cristo con Andrés y Pedro cambia totalmente lo que el Domingo pasado decía san Juan sobre los mismos apóstoles que fueron ellos mismos a buscar a Jesús. Sin embargo lo que históricamente puede parecer un dato contradictorio, litúrgicamente es resuelto de un modo que, tal vez, sea el “real”. Y ello se debe al momento y al lugar en que se canta cada una de esas antífonas, y ese canto nos ubica en el misterio de nuestra comunión con Cristo: la antífona del Domingo pasado cantaba, en el momento de la Comunión, cómo los apóstoles y nosotros nos acercamos al Señor, guiados por el Precursor que nos acaba de decir en la persona del celebrante: *Este es el Cordero de Dios*. Pero la otra, la de hoy, se canta al Ingresar, lo que podríamos decir, es el comienzo de todo, es decir, la venida de Cristo hacia nosotros para dar comienzo a su ofrenda por nosotros. Todo comienza, como canta hoy el Introito, con Cristo viniendo hacia nosotros. Luego, como cantábamos el Domingo pasado, somos nosotros los que volvemos a ir hacia Él.

Más allá de este detalle, es muy importante notar cómo los cantos de la Eucaristía ensanchan nuestro horizonte sobre el Misterio de Cristo en la Eucaristía. Estamos habituados a reducir la Eucaristía al solo Misterio de la “presencia real” de Cristo. Sin embargo los cantos, como los de hoy, o cuando son tomados del Salterio, nos

presentan mucho más que la pura “presencia” real pero estática de Cristo, nos presentan toda su vida, todos sus misterios, incluso en sus detalles más pequeños. Los cantos, en cuanto a su contenido, están estrechamente unidos a la Liturgia de la Palabra, que es la que nos va manifestando bajo qué aspecto estamos viviendo el Misterio Pascual de Cristo, desde su abajamiento en la Encarnación, hasta su nueva venida en Pentecostés. Bien, lo que queremos decir es que, por su Victoria sobre la Muerte, Cristo ha entrado en ese tiempo que ya no caduca, en esa vida que ya no cae en el pasado. Por eso, por su Resurrección, todos los Misterios de Cristo, incluida su predicación, dejaron de ser algo del pasado que se recuerda en la liturgia. Son un continuo presente que se celebra, aconteciendo hoy. Sólo que ahora quedan revestidos de toda la riqueza simbólica de los sacramentos que, ante todo, implican a todo el Cuerpo Místico de Cristo, no sólo a Pedro y Andrés. Es por eso que hoy, al celebrar esta Eucaristía, no estamos celebrando sólo la Pascua de Cristo. Estamos celebrando el mismo llamado a sus apóstoles Andrés y Pedro, pero ahora bajo una luz Pascual y sacramental, donde no sólo las especies revisten sacramentalidad, sino también los mismos personajes y acontecimientos son revestidos de un valor simbólico pleno en el Cuerpo de Cristo y se realizan hoy. Y es ese nuevo sentido, esa nueva forma de hacerse presente, lo buscan presentar las antífonas gregorianas, que asumen ese nuevo valor sacramental de lo que, de otro modo, queda reducido a un simple hecho del pasado, como fue el llamado a Pedro y Andrés. Sin esa luz que le dan las lecturas y el canto la Misa quedaría reducida a una celebración de la Última Cena y todo lo demás no sería más que un simple recuerdo de cosas accidentales y pasadas.

Y en nuestra Misa de hoy, con el Introito y la Comunión que enmarcan el mismo llamado de Cristo: *Venite post me*, la Eucaristía entera asume el sentido de ser el Señor quien viene a nuestro encuentro y nos llama a seguirlo. El llamado vocacional de Cristo no queda reducido a simple encuentro en el pasado, sino que, bajo la luz pascual de toda Eucaristía, ahora el llamado vocacional, que históricamente fue un simple encuentro con Él, ahora es la in-corporación que hace Cristo de los suyos en su propio Cuerpo eucarístico, haciéndonos partícipes no sólo de su vida, sino también de su misión: ser pescadores de hombres. Por eso en esta Eucaristía, con este llamado a sus

primeros apóstoles, celebramos el Misterio Pascual de Cristo como esa incorporación y comunión en su único Cuerpo y única misión.

Por ello podemos ver cómo las partes de la Misa -por sus cantos- son revestidas de un simbolismo nuevo que supera sacramentalmente lo que fueron los distintos aspectos de un simple encuentro histórico de Cristo con sus discípulos. Las partes de la Misa encierran y representan, simbólicamente, todo el recorrido histórico de la vida de Cristo con los suyos, bajo una luz pascual, eucarística. En su centro, está muy claro, es el momento de la comunión-configuración e incorporación a su nuevo Cuerpo Místico. El Domingo pasado veíamos la figura de Juan Bautista que siempre está presente en cada Eucaristía señalando al “Cordero de Dios” y dirigiéndonos hacia Él. Es el momento previo al encuentro con Cristo. Sin embargo el resto de la celebración tiene también un sentido simbólico-sacramental respecto a toda la vida de Cristo con sus discípulos y que hoy se refieren a su nuevo Cuerpo, la Iglesia, tanto el ingreso (Introito) como la despedida. Y, concretamente, en la Misa de hoy tenemos, gracias a los cantos, una inversión simbólica de lo aparentaría ser la Misa sin la luz de la Fe. En efecto, toda Eucaristía parece ser nuestra ida al encuentro con Cristo, sin embargo, en verdad, se trata de Cristo que viene a nosotros (*Dominus secus mare Galilae*), exactamente al mismo lugar donde nos encontramos: para Pedro y Andrés, en el mar de Galilea, para cada uno de nosotros, su situación concreta. La Eucaristía es Cristo que viene en busca de los suyos, y ese movimiento de Dios, que se inicia en la Anunciación, se repite en cada Eucaristía, aunque parezca que somos nosotros quienes ingresamos y vamos en busca de Él. Ante una mirada puramente exterior pareciera que somos nosotros los que nos hacemos presentes en la celebración ante Cristo. Hoy, con el canto de Ingreso se nos dice lo contrario. Y el fruto de ese encuentro, que se consume en la Comunión, reviste a cada uno de un ser nuevo, un nombre nuevo y una misión nueva: ser pescadores de hombres, con Cristo.

1. El Introito: *Dominus secus mare Galilae*

I

D O-mi-nus * se-cus ma-re Ga-li-læ-æ

vi-dit du-os fra-tres, Pe-trum et André-am,

et vo-cá-vit e-os : Ve-ní-te post me : fá-ci-am

vos fí-e-ri pisca-tó-res hó-mi-num.

Ps. Cæ-li e-nárrant gló-ri-am De-i : et ó-pe-ra má-

nu-um e-ius annúnti-at firmamén-tum.

Esta antífona de Entrada nos presenta, en su primera frase musical, muy larga, a Cristo en marcha, a Cristo caminando de modo casual por el mar de Galilea, donde ve a dos hermanos, Pedro y Andrés a quienes llama. Cristo está instalado en el ámbito de la Fundamental RE. Como suele ser en los modos impares, la Fundamental sostiene toda la acción que se desarrolla a partir de ella en los agudos, a partir de esa entonación tan particular, en cadencia, en la que el Señor (*Dominus*) es solemnemente presentado como recogido en sí mismo, sobre la Fundamental de este modo 1. Desde allí comienza un despliegue de la melodía que corresponde con Cristo dirigiéndose al lago de Galilea. Allí la melodía, que había ascendido hasta la Dominante LA hace una extensión y subida al DO, dando un realce al nombre de “Galilea” que, sabemos, será el símbolo para siempre del encuentro de Cristo resucitado con los suyos: *Vayan a Galilea, allí me verán*. Desde allí se inicia todo un movimiento cadencial muy lento y extenso para presentar a Pedro y Andrés. Sin embargo esa cadencia se detiene en el FA y desde allí suena fuertemente el llamado de Cristo: *et vocavit eos*.

La segunda frase musical son las mismas palabras del Señor: *Venite post me*. Mientras que la descripción de los hechos se realizó en torno a la Dominante, ahora, en cambio, desciende y se mantiene en un ámbito más acotado, más bajo, más cercano a la Fundamental. Como dijimos, los modos impares usan la Dominante para hacer las grandes descripciones y presentar lo que es más brillante, pero no por eso más importante. Sabemos que todo eso está en la Fundamental (Cristo, *Dominus*) y su entorno de una tercia, que es tan aprovechada por el modo 2, su plagal. Por eso toda la segunda frase, por ser palabras de Cristo y su llamado, atrae la melodía hacia Él, hacia el RE. Así como Cristo llama a los apóstoles a ir “hacia Él” (*venite*) la Fundamental “atrae” hacia ella la melodía que estaba en los agudos y la conduce hacia el RE y la reviste de una serenidad y reposo que son manifiestamente distintos al movimiento y agilidad con que se desarrollaba la pieza en su primera frase. Es que el llamado de Cristo, musicalmente manifestado, es a estar con él, junto a Él, en la Fundamental RE.

2. El Alleluia: *Dominus regnavit*¹

8. **A** L-le- lú- ia. * ij. ¶. Dó- mi-
 nus regná- vit, exsúl-tet tér- ra :
 laetén- tur ínsulae
 * múl- tae.

The image shows a musical score for the Alleluia 'Dominus regnavit'. It consists of four staves of music. The first staff begins with a large 'A' and the number '8.'. The lyrics are written below the notes. The music is in a single system with a key signature of one flat and a common time signature. The lyrics are: 'L-le- lú- ia. * ij. ¶. Dó- mi- nus regná- vit, exsúl-tet tér- ra : laetén- tur ínsulae * múl- tae.'

Se trata de una melodía “tipo” ya escuchada en el primer domingo de Adviento y en la Misa de Medianoche; se escuchará nuevamente el sábado de Pascua y para la Ascensión. Los textos que presentan son diferentes, pero todos se relacionan con Nuestro Señor Jesucristo. Por eso esta melodía es, en cierta forma, el leit-motiv que canta las diversas etapas del itinerario divino: la expectativa del Salvador, su

¹ Tomamos el comentario de Baron, citado en los Instrumentos.

nacimiento, su reinado que comienza con su vida pública, su Resurrección, su Ascensión. La expresión varía con las palabras, pero la alegría está siempre presente allí. Incluso en el primer domingo de Adviento, cuando el texto es una súplica, al mencionar al Salvador, la oración, como hemos visto, da paso en “*salutare tuum*” a una feliz contemplación.

No hace falta decir más; desde la primera hasta la última nota, la alegría está en todas partes; al principio, lo hace con cierto ardor en *regnavit*, luego se vuelve suave y pacífico a lo largo de los neumas que se multiplican: con acentos que, aquí y allá, acentúan el profundo amor que subyace.

Aunque esto es una invitación a la alegría, no se debe acelerar el movimiento; es retenido, pero sin lentitud y vivo.

3. Comunión: *Venite post me*

The image shows a musical score for the Communion 'Venite post me'. It consists of three staves of music with Latin lyrics underneath. The first staff begins with a large 'V' and the Roman numeral 'VIII'. The lyrics are: 'E-ní-te post me : * fá- ci- am vos pesca-tó-'. The second staff continues with: 'res hómi- num : at il- li, re- líctis ré-ti- bus et'. The third staff concludes with: 'na- vi, se-cú-ti sunt Dómi- num.' The music is written in a style typical of Gregorian chant, with square neumes on a four-line staff.

La comunión hace resonar otra vez la segunda parte del texto del Introito, pero ahora con el nuevo sentido que asume en este momento de la Eucaristía. Se trata del llamado mismo y la voz de Cristo que resuena diciendo: *vengan detrás de mí y los haré pescadores de hombres*. Sin embargo ahora, en la Comunión, no aparecen las dos personas de Andrés y Pedro. Ahora esa voz de Cristo se dirige a todos los que quieran escucharla y seguirlo, presentes en la asamblea eucarística.

Esta antífona utiliza los recursos más ricos del modo 8, en cuanto hace girar toda la melodía sobre un eje, que es la Fundamental SOL. Mientras que el Introito en el modo 1 sólo usa la Fundamental como base (donde coloca a Cristo), como punto de partida, desde donde Cristo despliega y realiza su acción, su misión, el modo 8, en cambio, tiene en la Fundamental a Cristo, pero actúa como un verdadero centro de convergencia en torno al cual giran simbólicamente todas las realidades que entran en juego, representadas por los graves y los agudos. El modo 1, y los impares en general, sólo utilizan su Fundamental para desplegar una acción, presentar un escenario sobre el cual se desarrollará la antífona. Los pares, por lo general, transforman la Fundamental en un centro, y las acciones se desarrollan sobre y bajo ella, de modo que esa Fundamental pasa a ser un lugar de convergencia y de unión de dos mundos (depende el contenido del texto), lo que está por encima y lo que está por debajo de ella.

Nuestra antífona de Comunión canta esta realidad desde su comienzo, colocando el llamado de Cristo en el centro, en la Fundamental SOL (*Venite post me*). Para presentarlo arranca desde el mismo SOL, se va hasta los graves para así llegar, por atrás, al Cristo que pide, precisamente, seguirlo. Desde allí los envía a la Dominante DO (*faciam vos*), a pescar hombres. Sin embargo antes los saca otra vez de lo profundo, volviendo al RE grave, desde donde los saca de su vieja profesión, de su antiguo modo de ser (*piscatores*), para ser como Cristo, en la Fundamental SOL, pescadores pero de hombres. Una bellísima figura musical cierra esta primera frase en el SOL.

La segunda frase, más allá de que es considerada como existiendo en los manuscritos como independiente de la anterior, sin embargo forma con total simetría la misma figura musical que la primera, pero al revés. Parte de la situación de los discípulos: *ellos dejando las redes y la barca*, es decir, la Dominante DO, donde se encontraban, y van siendo llevados hacia Cristo, hacia el SOL. Y, así, lo siguieron (*secuti sunt Dominum*). Esta conclusión realiza la misma figura musical que la entonación, afirmándose fuertemente en la Fundamental, en Cristo, para salir de donde habían sido llamados (el RE grave) y seguir a Cristo (musicalmente, al ser iguales, sería seguir “como” Cristo) en un solo camino con Él, tal como queda musicalmente representado

por este tramo final todo construido sobre la Fundamental SOL. La imagen musical dice más que las palabras: es un seguir que no tiene ni desvíos ni interrupciones, y se extiende... como el *Dominum* final. La Comunión eucarística con Cristo se realiza en esa respuesta que hace de los tres, de toda la asamblea celebrante uno solo, un solo Cuerpo de Cristo.